

JÓVENES ESPAÑOLES



Hace unos días, se publicaba un informe en el que se reflexionaba sobre las preferencias de nuestros jóvenes en temas tan variados como la política, el sexo o las creencias religiosas. De él, podemos extraer que su concepto de España ha cambiado, y tienden a identificarse más con su región que con la nación en abstracto. También ha quedado registrado que sólo el cincuenta por ciento de nuestros jóvenes dicen creer en Dios, y los que lo hacen, manifiestan un relajamiento importantísimo a la hora de cumplir con las obligaciones que impone la Iglesia. Es muy significativo que casi todos los adolescentes aseguren ser de centro en lo tocante a política, y que la mayoría matice que su opción es de izquierdas cuando se les cuestiona por su pensamiento político. A mí me ha gustado especialmente de esta encuesta que los valores familiares se hayan reforzado de una forma notoria, y que los jóvenes vuelvan a creer en la familia como el verdadero centro de afectividad; algo que nuestra generación perdió debido a la opresión que supuso la dictadura en todo lo relacionado con las libertades.

Las reacciones de los jóvenes vienen dadas por el entorno en el que les hemos hecho vivir, y, de una forma evidente, los errores que hemos cometido se manifiestan en ellos a la hora de escoger sus preferencias. Por ello, es normal que se hayan alejado de la Iglesia, pues ésta no ha sabido llegar hasta ellos, repitiendo, año tras año, un mensaje basado exclusivamente en las prohibiciones, sin aportar explicación alguna que calme sus ansias de conocimiento, experimentación o nuevos anhelos vitales.

El que España sea para ellos mucho más lejana que su comunidad autónoma también es lógico, ya que sus necesidades, las leyes que les afectan o las consecuencias de sus actos se dirimen desde hace años en los órganos autonómicos, y el estado central les queda tan lejos, que muchas veces acaban preguntando para qué sirve.

Seguimos empeñados en diseñar un mundo de adultos en el que insistentemente olvidamos a las futuras generaciones, a pesar de que gran parte de lo que hacemos sólo se justifica en cuanto ha de servir para ellos, para su formación, para su futuro. Estamos excesivamente alejados en aspectos tan cruciales como el medioambiente, la forma de divertirnos, la utilización del tiempo libre, los anhelos futuros o la necesaria moderación de una escala de valores que, hasta hace unos años, dirigía la Iglesia a través de los colegios. Hoy, en su mayoría son laicos, y los valores los deben repartir unos padres autistas, ensimismados en sí mismos, y que están más pendientes de sus propias vidas que de la responsabilidad que conlleva ser padres, justamente, cuando los hijos crecen y nos necesitan. No cuidamos su ocio, y la respuesta juvenil es la anarquía del botellón. Tampoco hemos querido hacerles partícipes de los problemas del país, cambiando las leyes de educación seis veces en diez años, y la cosa ha terminado en unas generaciones pasotas que ni siquiera salen a la calle a

protestar, y que se niegan a participar en los foros donde se podrían abordar sus problemas.

Algo debemos estar haciendo mal cuando la mayoría de los jóvenes se han vuelto tan egoístas, poco solidarios, y manifiestan constantemente su falta de fe en el sistema. No hemos sabido inculcarles ilusiones, y en lugar de libertad les hemos enseñado libertinaje. La ilusión y el esfuerzo necesarios para pasar la vida la están transformando en conquistas de banalidades, en la consecución de caprichos inoportunos, y en la búsqueda constante del camino más fácil para llegar a casi todo. No hablamos con ellos, y eso se acaba pagando.